

Hacia quince días que Pedro estaba en Roma y el asunto para el cual había ido allí, la defensa de su libro, no adelantaba nada. Dominábale aún el ardiente deseo de ver al papa, sin prever ni cómo ni cuándo lo satisfaría, en medio de continuos retrasos y con el miedo que monseñor Nani le había inspirado al aconsejarle que no diese ningún paso imprudente. Comprendiendo que su permanencia se podía prolongar indefinidamente, se decidió á ir á que avisasen sus licencias de celebrar en el Vicariato, y todas las mañanas decía su misa en Santa Brígida, en la iglesia de la plaza de Farnesio, en donde fué objeto de una benévola acogida por parte del abate Pisoni, antiguo confesor de Benedetta.

Aquel lunes decidió bajar muy temprano á la recepción íntima de *donna* Serafina, con la esperanza de adquirir alguna noticia y de apresurar su asunto. Tal vez monseñor Nani se hallaría allí ó bien tendría la suerte de encontrar algún cardenal ó prelado que le ayudasen. En vano había tratado de utilizar á *don* Vigilio ó al menos de conseguir que le diese algunas noticias ciertas. Como dominado por el miedo y la desconfianza, después de haberse mostrado muy servicial, el secretario del cardenal Boccarda parecía querer evitar su encuentro, ó se ocultaba de

cidido á no tomar parte en una aventura seguramente poco clara y peligrosa. A parte de esto, desde la antevíspera, era víctima de un tremendo acceso de calentura que le obligaba á permanecer en su cuarto.

Y no quedaba para alentar y animar á Pedro, más que Victorina Bosquet, la antigua camarera ascendida al rango de ama de gobierno, la bauceron, que conservaba su corazón francés á pesar de llevar viviendo treinta años en esa Roma que no conocía; le hablaba de Anneau, como si lo hubiese abandonado la víspera; pero aquel día no conservaba nada de su alegría vivaracha, de su acostumbrada viveza y cuando se enteró de que Pedro pensaba bajar por la noche á saludar á sus amas, meneó la cabeza.

—¡Ah! Dudo mucho de que las encontréis muy satisfechas... Mi pobre Benedetta tiene grandes penas; parece que su pleito de divorcio no va muy bien.

Todo Roma hablaba de aquel asunto y era un reextremo de habillitas que emocionaban á la sociedad negra y á la blanca; por esto Victorina no tenía que andarse con inútiles discreciones, sobre todo tratándose de un compatriota. En respuesta al escrito presentado por el abogado consistorial Morano, que apoyándose en testimonios y en pruebas escritas, demostraba que el matrimonio no se había podido consumir á consecuencia de la impotencia del marido, monseñor Palma, teólogo, nombrado por la Congregación del Concilio como defensor del matrimonio, acababa de presentar á su vez un escrito tremendo de réplica. Desde luego ponía en duda el estado de virginidad de la demandante, discutiendo los términos científicos del certificado de las dos comadronas, y exigía un reconocimiento más concienzudo practicado por dos médicos, formalidad ante la que retrocedió el pudor de Benedetta. En apoyo de su tesis, citaba casos fisiológicos perfectamente comprobados en que se probaba que había habido jóvenes que tuvieron comercio con hombres, sin que por eso apareciesen desfloradas. Sacaba un gran partido del escrito presentado por el conde Prada, el que, con mucha sinceridad, vacilaba antes de declarar si el casamiento se había consumado ó no de tal manera se resistió la condesa; desde luego él imaginó que el acto se había llevado á cabo hasta el

fin, y en sus condiciones normales; pero, después de meditarlo, no se atrevía á afirmarlo y llegaba á admitir que cediendo á la violencia de su deseo había podido ilusionarse con una posesión incompleta. Y monseñor Palma, hacia hincapie en esa duda, la agravaba con cuantos sutiles argumentos permitía tan delicada materia y llegaba hasta el extremo de volver contra la esposa violentada la declaración de una doncella, presentada como testigo por la condesa, y que había oído el ruido de la lucha, y afirmaba que su señor y su señora, á consecuencia de lo ocurrido esa primera noche, habían dispuesto después siempre cama aparte. En seguida el argumento decisivo del escrito era, que aun cuando la demandante presentaba una prueba completa de su virginidad, no por eso sería menos cierta su sola negativa, con la que impedía se hubiese consumado el matrimonio, siendo la condición primera y esencial de éste, la obediencia de la esposa. Y por último, á consecuencia de un cuarto escrito, el del relator en que éste discutía y analizaba los tres anteriores, la congregación votó acordando la anulación del matrimonio, pero tan solo por un voto de mayoría, solución tan precaria que, sin esperar y haciendo uso de su derecho, monseñor Palma, se apresuró á pedir un suplemento de información, lo que ponía en tela de juicio todo lo actuado hasta entonces, y hacia necesaria una nueva votación.

—¡Ah! ¡Pobre *contessina* mía!—exclamó Victorina.—Se morirá de pena, porque esa querida niña se abrasa á fuego lento bajo su aparente tranquilidad... Parece que ese monseñor Palma es el amo de la situación, y que puede hacer durar el pleito cuanto se le antoje. Con eso habrá que gastar mucho dinero además del que se consumió ya. Al abate Pisoni, al que ahora ya conocéis, se le ocurrió una buena idea el día que pensó en este casamiento, y no es para hablar mal de la memoria de mi buena ama, la condesa Ernesta, que era una santa, pero hizo con seguridad la desdicha de su hija cuando la entregó al conde Prada.

Interrumpióse, y después, dejándose llevar por el espíritu de justicia innato en ella, añadió.

—Y la verdad es que el conde Prada tiene razón al no

estar contento... Por todas partes se burlan de él... Pues bien, sabed que eso, no me impide decir que mi Benedetta se anda con demasiados remilgos. Si eso sólo, dependiese de mí, esta misma noche tendríais a su Darío en su cuarto, puesto que le tiene tanto cariño, que se aman desde hace tanto tiempo y se quieren tanto... ¡Sí, á fe mía! ¡Sin cura y sin alcalde! Nada más que por la alegría de ser jóvenes, hermosos y gozar juntos de la dicha. ¡La dicha, Dios mío, la dicha que es tan rara!

Y observando que Pedro la miraba con sorpresa, se echó á reír con su risa sana, franca, con ese tranquilo equilibrio del pueblo bajo de Francia, que no cree apenas más que en una vida venturosa llevada honradamente.

Después de esto, y de una manera más discreta, lamentó otro disgusto que tenían en la casa, una consecuencia más de ese malhadado pleito de divorcio. Había habido un choque entre *donna Serafina* y el abogado Morano, muy resentido á consecuencia del semifracaso que sufriera el escrito por él presentado á la Congregación, y acusaba al padre Lorenzo, confesor de la tía y la sobrina, de haberlas aconsejado incoasen un pleito muy enojoso en que no habría más que escándalo para todos. Y no se volvió á presentar en el palacio Boccanera; aquella era la ruptura de unas relaciones de treinta años, de que se enteraron con asombro en todos los salones de Roma, que no aprobaban lo hecho por Morano. *Donna Serafina* estaba mucho más resentida, porque sospechaba que había buscado esa querrela y la abandonaba por una causa muy distinta, por un brusco deseo inconfesable, criminal en un hombre de su posición y de su piedad, por la pasión que le había inspirado y atizado en él, una burguesa joven, una intrigante.

Cuando Pedro, por la noche entró en aquel salón, tapizado de brocatel amarillo, con grandes flores estilo Luis XIV, se convenció de que, en efecto, reinaba allí una gran melancolía bajo la claridad más opaca de las lámparas, cuya luz velaban pantallas de encaje. No estaban allí más que Benedetta y Celia, sentadas en un sofá y hablando con Darío, mientras que el cardenal Sarno, embutido en el fondo de un sillón, escuchaba sin decir una palabra la charla inagotable de la parienta que todos los lunes acom-

pañaba á la princesita. *Donna Serafina* estaba sola en su sitio acostumbrado, al lado derecho de la chimenea, dominada por la secreta rabia de ver que el sitio de la derecha, que durante treinta años de fidelidad ocupara Morano, estaba vacío. Y para Pedro, no pasó desapercibida la mirada, primero ansiosa y después desesperada, con que acogió su llegada, pues acechaba la puerta esperando aún sin duda al fugitivo. Por otra parte, permanecía muy derecha y orgullosa con su talle fino, más apretado que nunca dentro del corsé, con su faz dura de solterona, su cabello blanco como la nieve y las cejas muy negras.

Después de presentarle sus respetos, manifestó Pedro su inquietud preguntando si no habían visto á monseñor Nani aquella noche, á lo que *donna Serafina* se apresuró á contestar:

—¡Oh! ¡Monseñor Nani nos abandona como los demás! Cuando se necesita á las personas, es cuando éstas desaparecen.

Guardaba cierto rencor al prelado porque había recomendado poco eficazmente el asunto del divorcio después de haber prometido mucho. Sin duda, como sucedía siempre, bajo su aparente y extremada benevolencia llena de caricias, se ocultaba algún otro proyecto propio suyo. Pronto, sin embargo, la pesó la confesión que la cólera la arrancara, y añadió:

—Tal vez venga ¡es tan bueno y nos quiere tanto!

A pesar de la vivacidad de su sangre quería ser política para vencer á la adversidad. Su hermano, el cardenal, la había manifestado cuánto le irritaba la actitud de la Congregación del Concilio, porque no dudaba que la fría acogida que obtuvo la demanda de su sobrina se debiese en parte al deseo que tenían algunos cardenales, colegas suyos, de hacer algo que le fuese desagradable. Deseaba también el divorcio, único medio de perpetuar la continuación de la raza, puesto que Darío se mostraba muy reacio á casarse con otra que no fuese su prima. Y aquello era un concurso de desastres, toda la familia herida, él lastimado en su orgullo, su hermana compartiendo ese sufrimiento y ofendida además de rechazo en su corazón y los dos enamorados desesperados al ver que tenían que aplazar una vez más sus esperanzas.

Al acercarse, Pedro, al sofá, en que sentados hablaban los jóvenes, oyó que se ocupaban, en voz baja, de la catástrofe.

—¿A qué desalentaros?—decía Celia.—En resumen; la anulación del matrimonio está acordada aunque sólo sea por un voto de mayoría... El pleito está aplazado; esto no es más que un retraso.

Pero Benedetta meneó la cabeza.

—¡No! ¡no! Si monseñor Palma se empeña, Su Santidad no dará nunca su aprobación. Esto ha terminado.

—¡Ah! ¡Si fuese rico, muy rico!—murmuró Darío con un aire de convencimiento que no hizo sonreír á nadie.

En voz baja y encarándose con su prima, dijo:

—Es preciso que te hable; no podemos vivir de esta manera.

Y ella respondió de la misma manera con voz tenue, como un soplo:

—Baja mañana á las cuatro de la tarde. Estaré sola aquí.

La velada se eternizó en seguida. A Pedro le conmovió sobremedida el aspecto de abatimiento que tenía Benedetta, tan tranquila y razonable de costumbre. Sus ojos profundos, en su rostro puro, y de una delicadeza de niña, estaban como turbados por las lágrimas. Experimentaba ya por ella verdadera ternura al verla siempre con un humor tan igual, un poco indolente, ocultando bajo aquella apariencia de gran prudencia, la pasión de su alma de fuego. Trataba sin embargo de sonreír, escuchando las alegres confidencias de Celia, cuyos amores marchaban mejor que los suyos. No hubo más que un momento de conversación general, cuando la anciana parienta de la princesita, levantando la voz, habló de la actitud indigna de la prensa italiana para con el Santo Padre. Nunca, al parecer, habían sido tan malas las relaciones entre el Vaticano y el Quirinal.

El cardenal Sarno, tan mudo por lo general, anunció que, con motivo de las sacrílegas fiestas del 20 de Septiembre celebrando la toma de Roma, el papa pensaba escribir una carta protesta dirigida á todos los Estados cristianos, cómplices del hecho por su indiferencia.

—¡Intentar unir al papa y al rey!—exclamó *donna Serafina* con acento amargo, haciendo alusión al deplorable casamiento de su sobrina.

Parecía fuera de sí; era muy tarde ya y no esperaban ni á monseñor Nani ni á nadie. Oyóse no obstante, inesperado ruido de pasos; ilumináronse los ojos de la solterona que miró con ansia ardiente hacia la puerta, y experimentó la última decepción al ver entrar á Narciso Habert que se acercó á ella para rogarla le dispensase su tardía visita. Su tío por alianza, el cardenal Sarno, le había presentado en aquel salón tan poco concurrido, en el que era bien recibido á causa de sus ideas religiosas que se decía eran intransigentes.

Aquella noche, á pesar de lo avanzado de la hora, no había ido más que para hallar á Pedro al que tardó muy poco en llevarse á un lado.

—Estaba seguro de encontraros aquí,—dijo.—Hace poco he podido ver á mi primo, á monseñor Gamba del Zoppo, y tengo que daros una buena noticia... Mañana por la mañana nos recibirá á eso de las once en las habitaciones que ocupa en el Vaticano.

Y bajando aún más la voz, añadió:

—Creo que hará lo posible para que veáis al Santo Padre... En fin, me parece cosa segura lo de la audiencia.

Tuvo una alegría muy grande Pedro al oír hablar de esa certidumbre que le llegaba en medio de la tristeza del salón en el que, desde hacía dos horas se apenaba y casi se entregaba á la desesperación.

¡Al cabo iba á obtener una solución! Después de estrechar la mano á Darío, saludó Narciso á Benedetta y á Celia, y se acercó á su tío el cardenal que, al verse libre de la anciana parienta de Celia, se decidía á hablar, pero se limitó á hacerlo ocupándose de su salud, del tiempo que hacía, de las anécdotas insignificantes que le habían contado sin aventurar jamás ni una sola palabra acerca de los mil asuntos interesantes y complicados de que se ocupaba en la Propaganda. Era fuera de su despacho de viejo en donde descansaba del cuidado de gobernar la tierra, y lo hacía aparentando medianía y deseos de pasar desapercibido.

[Todo el mundo se puso en pie y se despidió.
—No os olvidéis,—dijo Narciso á Pedro,—de que mañana á las diez me encontraréis en la capilla Sixtina. Y mientras llega la hora de la cita me encontraréis dispuesto á enseñaros los Boticelli.

A las nueve y media del siguiente día, Pedro que había hecho á pie la caminata, se encontraba en la vasta plaza y antes de dirigirse hacia la izquierda, hacia la puerta de bronce en el ángulo de la columnata, levantó la cabeza y se detuvo algunos minutos para contemplar el Vaticano. Nada le pareció tan poco monumental como aquel amontonamiento de construcciones crecidas á la sombra de la cúpula de San Pedro, sin orden arquitectónico alguno, ni regularidad de ninguna clase. Los techos se sobreponían, las fachadas se extendían largas y planas al capricho de las alas añadidas ó aumentadas de piso. Los tres lados del patio de San Dámaso, simétricos, eran los únicos que aparecían por cima de la columnata, con los grandes cristales de colores de las antiguas lógias, cerradas hoy día, que los hacían asemejarse á tres inmensos cuerpos de un invernadero, brillando al sol con tono rojizo de la piedra. Allí estaba el más hermoso palacio de la tierra, el más vasto, con sus once mil salas (1) y el que contiene las más admirables obras maestras del genio humano. En su desilusión Pedro no se interesó más que por la fachada de la derecha, que da sobre la plaza y en la que sabía se hallaban las ventanas de las habitaciones particulares del papa en las del segundo piso.

Contempló largo rato aquellas ventanas de las que le

(1) Bonanni, en su *Templi Vaticani Historia*, pretende que el Vaticano contiene, comprendiendo los subterráneos, trece mil habitaciones. Es el Capitolio de la Roma moderna y más bien que un palacio es una reunión de ellos, y de edificios irregulares en los cuales trabajaron los arquitectos más célebres, como Bouronnati, Ligorio, Fontana, Bernin y otros. Tiene tres pisos, encierra infinidad de salas, galerías, capillas, corredores, una biblioteca, un museo inmenso, un jardín. Tiene ocho patios, ocho escaleras de honor y doscientas de servicio. Lo que falta á todo ese conjunto, es una fachada regular, pues por el lado en que tiene la entrada lo oculta la columnata de San Pedro.—(N. del T.)

habían dicho que la quinta de la derecha era la del dormitorio y en la que hasta hora muy avanzada de la noche se veía arder una lámpara.

¿Qué había tras aquella puerta de bronce que veía allí, delante de él y que era el dintel sagrado, la comunicación entre todos los reinos de la tierra y el reino de Dios, cuyo augusto representante estaba encerrado tras aquellas mudas y elevadas murallas?

Las examinaba de lejos con sus cuarterones de metal adornados con gruesos clavos de cuadrada cabeza y se preguntaba qué era lo que defendían, lo que ocultaban, lo que muraba con su aspecto rudo de antigua puerta de fortaleza.

¿Qué mundo iba á encontrar detrás? ¿Qué tesoro de caridad humana conservado celosamente entre la sombra? ¿Qué esperanza de resurrección para los pueblos nuevos, ávidos de fraternidad y de justicia? Le complacía aquel ensueño; el pastor único y sagrado velando en el fondo de aquel palacio cerrado, preparando el reinado de Jesús, mientras que se desplomaban las viejas podridas civilizaciones y en vísperas, al fin, de proclamar ese reinado, formando con nuestras democracias la gran comunidad cristiana que el Salvador había prometido. Era el porvenir lo que se elaboraba tras aquella puerta de bronce, y el porvenir lo que de allí saldría.

Pedro experimentó de pronto la brusca sorpresa de encontrarse cara á cara con monseñor Nani, que precisamente en aquel instante salía del Vaticano, para dirigirse á pie á dos pasos de allí, al palacio del Santo Oficio, en el que, por su calidad de asesor, tenía habitación.

—¡Ah! ¡Qué dichoso soy monseñor! Mi amigo, el señor Habert, me va á presentar á su primo, á monseñor Gamba de Zoppo y creo que por fin voy á obtener esa audiencia por mí tan deseada.

Con aire amable y fino, sonreíase monseñor Nani.

—Sí, sí, ya lo sé,—dijo.

Se contuvo y añadió:

—Estoy satisfecho como vos, hijo mío, y únicamente os recomiendo que seáis prudente.

Temiendo empero, que su confesión no hubiese hecho

comprender al presbítero que salía de ver á monseñor Gamba del Zoppo, al prelado más fácil de asustar de toda la discreta familia pontifical, contó que desde por la mañana andaba haciendo diligencias en obsequio de dos señoras francesas que también deseaban ver al papa, y que tenían grandes temores de no conseguirlo.

—Os confesaré, monseñor, que empezaba á desalentarme; si ya era tiempo de que repusiese un poco mi ánimo decaído; porque mi permanencia aquí no es la más á propósito para que mi alma recobre la tranquilidad.

Continuó y dejó traslucir cuánto acababa Roma de quebrantar su fe. De aquellos días, el que pasara en el Palatino y en la vía Appia, después el que pasó en las Catacumbas y San Pedro, no habían sido buenos más que para echar á perder su sueño de un cristianismo rejuvenecido y triunfante. Salía de esos lugares dominado por la duda, invadido por un principio de cansancio, habiendo perdido algo de su entusiasmo siempre pronto á la rebelión.

Sin dejar de sonreír, escuchóle monseñor Nani, aprobando con ligeros movimientos de cabeza. Evidentemente aquello estaba muy bien y las cosas debían suceder de esa manera. Parecía que lo había previsto todo y que estaba satisfecho.

—En fin, hijo mío, que todo marcha bien desde el momento en que tenéis la seguridad de ver al Santo Padre.

—Es verdad, monseñor, y puse mi única esperanza en el muy justo y clarividente León XIII. Sólo él puede juzgarme, pues en mi libro él sólo reconocerá su pensamiento, que, con mucha fidelidad creo haber reproducido. ¡Ah! ¡Si quiere, en nombre de Jesús, con la democracia y con la ciencia salvará el mundo antiguo!

El entusiasmo se apoderaba otra vez de él y Nani, cada vez más afable con su mirada penetrante y sus delgados labios, aprobó de nuevo.

—Eso está muy bien, hijo mío, ya hablaréis y veréis. Luego, y en el momento en que ambos levantaban la cabeza para mirar hacia el Vaticano, llevó su amabilidad hasta desengañarle. No, la ventana en que todas las noches veían la luz, no era la del dormitorio del papa,

era sí, la de un descansillo de la escalera que estaba iluminada toda la noche con gas. La ventana del papa estaba más allá, había dos entremedio. Volviéronse á quedar silenciosos y siguieron contemplando la fachada, muy graves el uno y el otro.

—Pues bien, hasta la vista, hijo mío, me contaréis lo que resulte de vuestra entrevista ¿no es verdad?

En cuanto Pedro se quedó solo, franqueó la puerta de bronce, dándole tan fuertes latidos el corazón, como si entrase en el lugar sagrado y temible, en donde se elaboraba la dicha futura.

Había allí un cuerpo de guardia y un suizo hacía centinela, paseando lentamente, envuelto en un abrigo gris azul, que dejaba únicamente al descubierto sólo una parte pequeña de las calzas rayadas de negro, rojo y amarillo. Y parecía que habían arrojado aquel abrigo sobre un disfraz para disimular lo extraño del traje que se había hecho molesto. En seguida empezaba la escalera cubierta que conduce al patio de San Dámaso; pero para ir antes á la capilla Sixtina se necesitaba seguir la larga galería entre doble hilera de columnas y subir la escalera Real. Y Pedro, en aquel mundo gigante, en el que se exageraban todas las dimensiones con aplastante majestad, respiraba con esfuerzo al subir los anchos escalones.

Cuando entró en la capilla Sixtina, experimentó al principio una sorpresa. Le pareció pequeña, una especie de sala rectangular, muy elevada, con su fina balaustrada de mármol que la divide en los dos tercios, señalando la parte que han de ocupar los invitados en los días de gran ceremonia, y el coro, en el que los cardenales se sientan en sencillos bancos de encina, mientras que los prelados permanecen en pie y detrás de aquellos. El trono pontifical, colocado sobre un estrado bajo, está á la derecha y es de sobria riqueza. En la izquierda se abre la estrecha *Loggia*, con balcón de mármol, destinada á los cantores. Y es preciso levantar la cabeza, es necesario que las miradas suban desde el inmenso fresco del Juicio Final, que llena por completo la pared del fondo, y contemplar las pinturas de la bóveda que bajan hasta la cornisa, entre las doce ventanas claras, seis de cada lado, para que se vea que,

bruscamente todo se agranda, se separa y vuela en pleno infinito.

No había allí afortunadamente más que unos cuantos viajeros curiosos que metían poca algazara y Pedro pudo ver en seguida á Narciso Habert, en uno de los bancos de los cardenales, encima del escalón en que se sientan los caudatarios. El joven, inmóvil, y con la cabeza echada atrás, parecía hallarse en éxtasis. Pero no era la obra de Miguel Angel la que contemplaba, si no que no separaba la vista de uno de los frescos de debajo de la cornisa y anterior á los otros, y cuando reconoció al presbítero se limitó á murmurar sin mover los ojos.

—¡Oh! ¡Ved, amigo mío, á Boticelli!

Y de nuevo volvió á caer en su embeleso.

Pedro, recibiendo un gran golpe en pleno cerebro y en pleno corazón, se sintió dominado de pronto por el genio sobrehumano de Miguel Angel. El resto desapareció y para él no hubo más allá arriba que como un cielo ilimitado y aquella extraordinaria creación del arte.

Lo inesperado al principio, lo que le asombró más fue que el pintor había aceptado la condición de ser el único artesano de su obra en que no le ayudaron ni marmolistas, bronceistas, ni doradores, ni oficial alguno de ningún oficio. El pintor con su pincel, se bastó para las pilastras, las columnas, las cornisas de mármol, para las estatuas y adornos de bronce, para los florones y rosetones de oro para toda aquella riqueza de ornamentación que servía de marco á los frescos. Y Pedro se imaginó la bóveda tal como se la entregaron un día al pintor, desnuda sin que hubiese más que blanco yeso en las paredes y en el techo y centenares de metros que pintar. Y le veía ante aquella página inmensa, no queriendo ayuda ninguna, echando de allí á los curiosos, encerrándose á solas con su gigantesca tarea, entregándose á ella celoso, violentamente pasando cuatro años y medio en una soledad esquivada con su pasto diario de coloso. ¡Ah! ¡Esa obra enorme, hecha para llenar una vida, esa obra que debió empezar con tranquila confianza en su voluntad y en su fuerza, todo un mundo sacado de su cerebro y arrojado allí con el empuje continuo de la virilidad creadora y en pleno florecimiento de toda su omnipotencia!

En seguida experimentó Pedro un sobrecogimiento cuando empezó el examen de aquella humanidad agrandada por el visionario, desbordándose en páginas de desmesurada síntesis, de ciclópeo simbolismo. Y semejantes á florescencias naturales resplandecían todas las bellezas, la gracia y la nobleza real, la paz y la dominación soberanas. Y la ciencia perfecta; los escorzos más violentos intentados con la certidumbre del éxito y la perpetua victoria técnica sobre las dificultades que las superficies curvas presentaban. Y sobre todo una ingenuidad increíble de medios; la materia reducida casi á nada, algunos colores empleados con largueza sin ningún efecto rebuscado de destreza ni de esplendor y esto bastaba y la sangre clamaba con ardor, los músculos se marcaban bajo la piel, las figuras se animaban y salían del cuadro con un arranque tan enérgico que una llama pasaba por allá arriba dando á aquel pueblo una vida sobrehumana, inmortal. La vida, esta; la vida era lo que allí resplandecía, triunfaba, una vida enorme y pululante; un milagro de vida realizado por una mano única, que llevaba en sí el supremo don, la sencillez en la fuerza.

Que han visto una filosofía; que hayan querido encontrar todo el destino, la creación del mundo, del hombre y de la mujer, la falta, el castigo, después la redención y en fin la justicia de Dios en el último día del mundo; no bastaba para que Pedro se detuviese, para que lo recordase en esa primera visita, dominado por el estupor maravilloso que le produjo semejante obra de arte. ¡Qué exaltación del cuerpo humano, de su belleza, de su poderío y de su gracia! ¡Ah! ¡Qué Jehová, viejo, de aspecto regio, terrible y paternal, arrastrado por el huracán de su creación, los brazos extendidos y creando mundos! ¡Qué Adán más soberbio, de líneas tan nobles y con la mano extendida al que Jehová anima con el dedo, pero sin tocarle, gesto admirable, espacio sagrado entre ese dedo del Creador, y el de la criatura, pequeño espacio en el que se encierra el infinito de lo invisible y del misterio! ¡Y aquella Eva poderosa y adorable, aquella Eva de robustas caderas, capaces de encerrar la futura humanidad, con la gracia orgullosa y tierna de mujer que quiere ser amada hasta la perdi-